

Yasmina Khadra

Amor sicario

Traducción del francés
de Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza editorial

Título original: *Pour l'amour d'Elena*

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Flammarion, 2021
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2026
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-232-0
Depósito legal: M-152-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

Primera parte	9
Segunda parte	135

Primera parte

Según la leyenda rural, fue un tal González I quien, hacia finales del siglo XIX, puso la primera piedra de nuestro pueblo. No era rey ni emperador, solo un sinvergüenza que holgazaneaba en los burdeles de Veracruz antes de que la gracia del Señor lo alcanzara de lleno. Se cuenta que estaba durmiendo entre sus putas cuando Cristo lo visitó en sueños. *Levántate*, le dijo Cristo, *levántate y ve a decir a mis sujetos que he recibido sus oraciones y que te envió para salvarlos. Y cuando hayas recuperado a mis ovejas, ve a Chihuahua para construirles un redil*. González caminó durante meses y meses, apoyándose en un báculo de peregrino, antes de echarle el ojo a nuestra tierra. Allí construyó una amplia morada donde acoger a sus fieles —que bautizó con mucha pompa Recinto de la Trinidad—, se autoproclamó González I, *papa de la Nueva Revelación*, y reinó a solas sobre su rebaño como un pastor sobre sus ovejas.

Hoy solo queda del santuario un enorme caserón sin techumbre y abierto a los cuatro vientos, así como una capilla destartalada, ambos rodeados por una tapia de piedra infestada de escorpiones.

Para el viejo Paco, nuestro pueblo debió llamarse el Cementerio de los Vivos por lo mucho que nuestras chozas parecían tumbas y nuestros vecinos fantasmas. Ni un solo timador, ni un forzado, ni un mero conflicto para cultivar el rencor o hacer creíble la menor amenaza. Hasta la propia muerte la tomó con nosotros ya que, durante años, nadie consiguió matarse de un resbalón o atragantándose con un hueso de pollo. El medio centenar de familias que vegetaba al sol parecía ir tirando al margen del tiempo.

Desde que abrí los ojos, he estado viendo los mismos rostros curtidos, las mismas siluetas enjutas parecidas a sombras chinescas; oyendo los mismos ruidos, las mismas voces devastadas y los mismos ladridos de perros.

Nuestra gente se recluía en sus casas en espera de no se sabe qué, no porque no tuvieran adónde ir, sino porque no se atrevían a aventurarse fuera, convencidos de que, de hacerlo, se arriesgaban a perder su alma, como todos esos chavos que se adentraban en las grandes ciudades y a quienes acababan encontrando, al día siguiente, destripados y degollados en algún descampado.

Muchos de nuestros jóvenes habían desertado del Recinto de la Trinidad. No hacían sino dar patadas a las piedras hasta que, de la noche a la mañana, dejaban atrás las cabras y los cochinos y desaparecían. Nunca regresaron. Los hermanos Rodríguez están purgando unas condenas inexplicables en la prisión federal de Puente Grande, en el estado de Jalisco; los Martínez murieron en el desierto de Texas; Pepito solo envió una carta a sus padres desde que consiguió llegar a San Diego; García Guzmán es carcelero en el Penal del Altiplano; en cuanto a Juanito el Albino, a los gemelos Alexis y Alejandro, a Maribel la hija de Sancho y a un montón más de espabilados, des-

aparecieron sin más de la faz de la tierra. Según se rumora, muchos de ellos fueron liquidados, pero la policía nunca ha hallado sus cuerpos.

Solo Osorio, el hijo de Petra la Partera, regresaba de vez en cuando para visitar a su madre. Cada vez manejando un carro nuevo.

Osorio representaba el sueño en todo su insolente esplendor; un sueño tan improbable para los demás, los *indecisos*, que nos conformábamos con gravitar a su alrededor. Con todo, cuando Osorio regresaba al redil, se convertía en la atracción del día. Nos hablaba con crecida pasión de Ciudad Juárez, donde vivía a costa de una «rica ama de casa veinte años mayor que él», de sus buenas relaciones, de sus grandes proyectos y de las filigranas que hacía para seguir tirando.

Bien cumplida la treintena, cubierto de tatuajes y de pocas palabras, Osorio era un tipo cuyos ojos, cuando se te quedaba mirando, te atravesaban de parte a parte, poniendo a prueba tus más íntimos pensamientos. Nos impresionaba. Pero era generoso. Eso estaba claro, para nosotros era el hermano mayor. Nos invitaba por un trago, a veces a comer, nos prestaba dinero, y la gente del pueblo lo apreciaba.

Por las noches, alrededor de una fogata entre las ruinas del templo, nos reunía para hablarnos de sus conquistas femeninas y de sus juergas. Solo le creíamos a medias —quizás por la envidia que nos daba—, pero nos prestábamos de buena gana a sus fanfarronadas. Hay que reconocer que sus historias nos resarcían un poco de la nulidad de nuestras vidas de aldeanos. Osorio nos quitaba las anteojeras y nos trasladaba a una nube para sobrevolar universos multicolores en los que las discotecas funcionaban a tope. Nos imaginábamos en la luz tenue de los cabarets mirando a las espléndidas sirenas bailar desnudas so-

bre los mostradores, o manejando a toda velocidad en carrazos que se ponían al segundo a doscientos por hora. Por nuestras cabecitas de patanes achispados desfilaban rascacielos de vidrios rutilantes, explanadas por las que transitaban turistas procedentes del mundo entero. Osorio sabía tan bien ambientarnos que hasta nos parecía estar oyendo las broncas homéricas que se formaban en los bares copetudos y aterrizando sin paracaídas en los hoteles de lujo donde cada noche se celebraba algo y jamás se dormía.

—Nada que ver con su Cementerio —nos certificaba—. Allá se funciona a tope. Con dinero o sin dinero, uno se siente vivo. No es como aquí en que los días van y vienen como columpios fantasmales. En Juárez, te lo juegas todo a cara o cruz, y todo el mundo participa. Porque merece la pena. Puedes hacerse rico en un tris. Yo, por ejemplo, me fui de aquí con una mano detrás y otra delante. Ahora tengo un carrazo de richón y una buena casa con jardín. No estoy forrado, pero espero estarlo. Tengo ambiciones. Algún día compraré un club de moda, un harén de putas y una libreta de direcciones con nombres de estrellas del espectáculo, de altos funcionarios y de policías influyentes.

—Escuchamos la radio, Osorio —le recordaba Ramírez, mi primo, que tenía mi edad y un carácter fuerte.

—¿Y qué?

—Pues que las noticias que nos vienen de Juárez te dejan helado.

—¿Es decir?

—Pues, todos esos cadáveres de mujeres que aparecen en los descampados, todos esos chavos a los que matan como si nada.

—¿Y qué?

—Pues que no todo es color de rosa en Juárez. De todos esos muchachos que se fueron de aquí, eres el único en regresar de vez en cuando. Nos gustaría conocer la versión de nuestros chavitos, pero no han regresado. Parece que a más de uno lo han despachado. De haberse quedado con nosotros seguirían vivos.

—¿Acaso te sientes vivo en este agujero? Estás muerto, Ramírez, estás muerto sin percartarte. Carajo, mira a tu alrededor. Burros soñolientos de sol a sol, gallinas correteando por todas partes, algunos cochinos paseando de acá para allá y cabras comiendo cartones. Ese es tu mundo y ni siquiera hay un lugar para ti. En Juárez, si se muere es porque se ha vivido. Pero si te quedas aquí, Ramírez, cuando seas viejo ni siquiera tendrás recuerdos que te acompañen.

—En cualquier caso, aquí nadie se enferma nunca —contestó Ramírez con orgullo—. El aire de nuestros montes dopa hasta a nuestros ancianos. Dormimos tranquilos, comemos sano y cagamos tan duro como la piedra.

—Si tan a gusto estás en la mierda, quédate en ella —concluyó Osorio.

No era el aire vivificador de nuestros montes lo que me tenía en el Recinto de la Trinidad. Si por mí hubiera sido, me habría largado hacía mucho tiempo. Pero los ojos almendrados de Elena y su bonito lunar en la barbilla me tenían aquí clavado, como una liebre repentinamente deslumbrada por un proyector en mitad del sendero.

Elena era la gracia que hacía tolerable cualquier miseria del mundo.

Hija única de Dolores, una viuda tristonra que de día caminaba rozando los muros y se pasaba las noches rezando a una Virgen de terracota que tenía en su dormitorio, Elena tenía casi la misma edad que yo, que apenas le llevaba un año. No te-

nía padre ni hermano. Yo era huérfano y tampoco tenía hermana. Estábamos, en cierto modo, hechos para juntarnos y completarnos. Íbamos juntos al colegio, agarrados a la parte trasera de la carreta de un vecino. Yo soñaba con ser periodista y ella soñaba *conmigo*. En aquella época, no tenía muy buen aspecto. Estaba seca como un saltamontes y flotaba dentro de su vestido ajado como un alma en su sudario. Luego empezó a desarrollarse como una flor salvaje, y cuanta más carne añadía a sus huesos, más avivaba los fantasmas de los cachorros que correteaban tras ella. A los doce años se había vuelto tan bonita que me intimidaba. Cuando estábamos juntos, no se me ocurría nada que decirle. Ella también se notaba incómoda. Se limitaba a triturarse los dedos y permanecíamos así durante horas, tontos y callados.

Me puse a devorar libros solo para aprender a enunciar palabras acordes con su belleza. Robé un montón de ellos en el mercadillo de San Cristo. Leía sin enterarme del todo de qué iba, pero con el paulatino convencimiento de que, a la larga, acabaría encontrando aquellas famosas fórmulas que les encantan a las chamacas amadas.

Una tarde, mientras asistíamos, sentados sobre una roca, a la caída del sol, me tomó la mano y la puso sobre su rodilla confesándome:

—Te tengo mucho aprecio, ¿sabes?

Me quedé mudo. Me sentía tan feliz que noté como si se me parara el corazón. Entonces comprendí que albergaba por mí los mismos sentimientos que yo secretamente por ella.

—¿Y tú, también sientes aprecio por mí?

Tenía un millón de declaraciones románticas en la punta de la lengua, salvo que mi garganta encogida se negaba a soltar una sola. Elena me apretó la mano con fuerza.

—¿Te gusto, Diego? ¿Crees que algún día serás el hombre de mi vida?

—Sí, me gustaría ser el hombre de tu vida.

—¿Y que yo sea la mujer de tu vida?

—Sí.

Hoy sigo todavía percibiendo la huella de su beso en mi mejilla.

Acababa ella de cumplir trece años. Nos juramos no consentir que nos separara ni la muerte ni la desdicha.

Me preguntaba:

—¿Qué harás cuando seas mayor?

—Seré periodista.

—¿Un periodista gana lo suficiente para vivir en una ciudad grande?

—Supongo que sí.

Entonces alzaba la mirada al cielo como quien reza para sus adentros. Apretaba en sus pequeños puños algo que la dejaba pensativa.

—¿Crees que algún día nos iremos de aquí?

—Si quieres que nos vayamos, nos iremos. De todos modos, por aquí cerca no hay imprenta para hacer periódicos.

Solo escuchó la primera parte de mis palabras. Su rostro se iluminó como si fuera un amanecer.

—¿Viviremos al borde del mar?

—Iremos adonde quieras.

—¿Y viajaremos a todas partes?

—Hasta el fin del mundo si quieres.

No estaba seguro de poder cumplir mis promesas, pero aquella tarde era el amo del mundo. Los ojos de Elena brillaban como joyas en la oscuridad. Eran mis mañanas soleadas.

En el pueblo, a Elena y a mí ya nos llamaban «los novios» antes de que nos estremecieran los vértigos de la pubertad.

Cada nueva estación consolidaba la pasión que nos embarcaba. Todavía no nos besábamos en la boca —Elena era piadosa como su madre—, pero nuestros corazones eran indisociables.

Me puse a trabajar nada más dejar el colegio. Mi tío me puso a lavar la vajilla en la trastienda de su cantina, a sacar la basura y a hacer todo tipo de chambitas. Yo me apuntaba a cualquier tarea con tal de ganar lo suficiente para ofrecer a Elena una bonita boda. No ganaba tanto como para comprarnos un coche, pero lo bastante para pagar un boleto de autobús ya que, para ambos, no era cosa de criar a nuestros hijos en un pueblucho tan apestoso como aburrido.

Hasta que el sueño se rompió como un espejo.

Era un día de fiesta, todo el mundo había ido a San Cristo para honrar a los difuntos. En el pueblo solo quedaban unos cuantos ancianos, unas escasas siluetas recluidas en sus chozas y los pollos picoteando en el polvo bajo la mirada soñolienta de los perros. Mi tío había cerrado para llevar a su tribu a la verbená. Yo me había quedado para acabar de leer una novela de Paco Ignacio Taibo II, y luego me acerqué a la cantina para hacer unos arreglos. Mientras estaba disponiendo mis herramientas, vi por el ventanuco a Elena paseando por el campo. La víspera había estado festejando su cumpleaños quince... ¡Dios, qué guapa se puso aquel día! Lo tenía todo para sí. Me apresuré a reunirme con ella. Caminamos por la vereda platicando sin tema específico. No sé por qué le propuse que fuéramos hasta las ruinas. Quizás fuera el Maligno que, celoso de nuestra felicidad, buscó destrozarnos la vida. Elena y yo jamás habíamos ido juntos a las ruinas. Pero aquel día, al estar el pueblo vacío, creí que el mundo desertado me pertenecía.

Habíamos bordeado la tapia de piedra, espantando a nuestro paso un grupo de ratas que se dispersó como las esquirolas de una granada al estallar, caminado hasta la capilla a la que poco faltaba para acabar de desmoronarse, y luego entramos en el gran caserón sin techumbre. Alguien estaba durmiendo bajo una manta al lado de una motocicleta. No nos dio tiempo a dar media vuelta. El hombre apartó de un golpe la manta y se incorporó empuñando un enorme revólver. Nos apuntó mientras se iba espabilando.

—¿Qué están haciendo aquí? —exclamó con la cara arrasada de tics.

Me quedé de piedra.

Nunca antes había visto tan de cerca un arma de fuego, y nunca tampoco un rostro tan aterrador.

Nos ordenó que no nos moviéramos. Tras haberse asegurado de que no había nadie más en los alrededores, se puso a examinar a Elena mientras un destello monstruoso abrasaba su mirada.

—Justo lo que necesitaba —soltó abriéndose la bragueta—. Precisamente, estaba a punto de masturbarme.

En mi mente se produjo una especie de desajuste. No alcanzaba a entender lo que estaba viendo. Me hallaba sumido en un sueño infecto, con la sensación de estar cayendo en picada. La sangre me latía con violencia en las sienas. Mis miembros empezaron a temblar espasmódicamente.

El tipo agarró a Elena por la muñeca y la atrajo contra él. Mientras, me seguía apuntando con su arma:

—Retrocede hasta el muro, pendejo de mierda, y ponte de rodillas con las manos sobre la cabeza.

Mis piernas se derrumbaron por sí solas y mis manos se aferraron a mi nuca como garras de rapaz.

Luego las cosas se aceleraron. Mi mente aletargada no alcanzaba a controlarlas. Los gritos de Elena resonaban dentro de mí como un gong en la cabeza de un boxeador noqueado. «¡Suéltame!», aullaba repeliendo al bruto que reía, divertido por la ferocidad de su presa. La tenía agarrada con firmeza por el brazo. Ella le arañó la cara mientras se debatía. Aquello lo encabronó y la golpeó con la culata del revólver, la arrojó al suelo y le pateó la cara.

Dios es testigo de que estuve luchando con todas mis fuerzas para socorrer a Elena, pero no me respondía una sola fibra del cuerpo.

La fiera se sentó sobre la espalda de Elena entre jadeos. Ella se sacudía con fuerza, sus brazos y sus pies surcaban de continuo el suelo polvoriento. El agresor tuvo que soltar su arma para poder neutralizarla. Le levantó el vestido, le bajó la ropa interior y la penetró con tal violencia que el cuerpo de Elena respingó como si se estuviera quebrando. Su grito seguirá resonando mucho tiempo en mis oídos.

No pude hacer nada. Ahí seguía, de rodillas con las manos detrás de la nuca, como un prisionero de guerra esperando estoicamente el tiro de gracia que pondría fin a su calvario. Veía, esperando a despertar, cómo Elena se retorció ante la saña salvaje de su violador.

El violador soltaba risotadas entre jadeos, burlándose de mí con sus ojos de reptil, señalándome con la barbilla el revólver que tenía al alcance de la mano, sugiriéndome que lo tomara. «Anda —me decía entre dos meneos—, agárralo. ¿Cómo te vas a justificar con ella luego, eh? ¿Que tienes un pene, pero te faltan huevos?». Elena también me miraba con sus ojos de animal atrapado. Me suplicaba que interviniera. El polvo del suelo se adhería a sus lágrimas, que se escurrían por su rostro congestionado.

Yo no me opuse. Enmudecido de terror, no podía sino padecer en carne y mente el infame espectáculo que tenía ante los ojos.

El violador soltó un enorme estertor de gozo. En el mismo momento, Elena dejó de debatirse, deteniendo de golpe su llanto. Se produjo una especie de punto muerto en el que todos los elementos quedaron fijos. Visiblemente contento de sí mismo, el violador se enderezó tras limpiarse con una orilla del vestido de Elena, recogió su arma, sacó de su bolsillo una navaja automática y me rasguñó la oreja. «Así, cada vez que te mires al espejo, recordarás este momento».

No sentí ni la cuchilla en mi oreja ni la sangre correr por mi cuello.

El monstruo enrolló su manta, la metió en una bolsa deteniendo la mirada en Elena tumbada boca abajo con el vestido subido en la espalda, la ropa interior a la altura de las pantorrillas y, con toda tranquilidad, se subió en su moto y se fue.

Durante un tiempo que me pareció un siglo, permaneció tendida en medio del polvo, sin moverse. Miraba fijamente la pared frente a ella como deseando verla desmoronarse y sepultarla para siempre.

Me costó una enormidad separar mis dedos soldados a mi nuca. Mis rótulas se me habían bloqueado. Quise acercarme a Elena para ayudarla a levantarse, pero me detuvo en seco con la palma de la mano.

—No se te ocurra tocarme.

Su voz parecía proceder de ultratumba.

Lentamente, emergiendo del fondo de una pesadilla, se alzó sobre sus codos desollados, se subió la ropa interior y se levantó temblando de pies a cabeza, exangüe aunque digna.

Pasó a mi lado como si fuera un fantasma. Sin mirarme. Declarándome, con una voz que no le conocía y me pareció implacable como un sortilegio: «¿El hombre de mi vida?... ¡Menudo hombre de mi vida!».

Fue la última vez que me dirigió la palabra.

Nadie en el pueblo supo jamás lo ocurrido aquel día en las ruinas, pero todos se dieron cuenta de que algo se había roto para siempre entre nosotros dos.

Pasaron cuatro años.

Elena se había convertido en la sombra de sí misma. Apenas salía de su casa.

Me avergonzaba saberla infeliz por mi culpa. Yo era lo peor que le había ocurrido.

Ramírez quiso saber qué me estaba ocurriendo. Su madre le daba a entender que probablemente hubiera heredado el carácter depresivo que se llevó por delante a la mía.

Mil veces me entraron ganas de dejarlo todo y de desaparecer para siempre. Imposible desertar. Elena era mi rueda donde entablaba los más terribles combates. No estaba en condiciones de asumir por segunda vez la misma cobardía.

Si al menos Elena hubiera pasado página... Habría acabado comprendiendo que ser un *hombre* no significa ser un héroe. Pero el daño estaba hecho, como lo están los fracasos y las tragedias que ninguna excusa puede minimizar.

En lo alto de la colina se alzaba un árbol solitario. Desde lejos, con sus ramas elevándose hacia el cielo, parecía un gigante de-

sastrado. A Ramírez y a mí nos gustaba sentarnos a su sombra y contemplar el pueblo a nuestros pies. No teníamos obligación de hablar. En el pueblo, habíamos agotado los escasos temas que nos interesaban y perdido el gusto por las confidencias.

Vimos cómo se iba formando un agrupamiento en el área izquierda del pueblo. Una mujer iba corriendo de una casa a otra, seguida por una manada cada vez más numerosa de chavitos.

—Esto no es normal —dijo Ramírez levantándose.

Hizo visera con la mano:

—Ha ocurrido algo.

Bajamos la colina a toda prisa.

Casi todos los habitantes del pueblo se habían reunido ante la cantina de mi tío. Dolores estaba llorando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ramírez a Pablo, su hermano mayor.

—Elena ha desaparecido.

Por la mañana, Dolores no había encontrado a su hija en su habitación. Primero pensó que habría ido a casa de una vecina, pero al no verla regresar a mediodía, salió a buscarla. Pero no la encontró en ninguna parte. Al regresar a casa, Dolores vio que el pequeño armario donde su hija guardaba su ropa estaba vacío.

Hombres y mujeres miraban hacia el desierto como esperando que este les diera una respuesta. Al atardecer, cuando el sol empezaba a declinar, el pequeño Rodríguez, que regresaba de no se sabía dónde, declaró al grupo que seguía reunido ante la cantina de mi tío:

—Se ha ido con Osorio.

Todos se dirigieron a casa de Petra la Partera, que negó tajantemente la afirmación del pequeño Rodríguez.

—¿Osorio estuvo ayer en el pueblo?

—Llegó por la noche, pero se fue de inmediato —dijo Petra—. Tenía algo urgente que hacer. Solo le dio tiempo a darme algo de dinero antes de irse. Solo. Estaba yo fuera cuando se subió al carro. No había nadie con él.

Todos se volvieron hacia el pequeño Rodríguez, que seguía insistiendo:

—El carro de Osorio estaba estacionado al borde de la vereda. Estuvo esperando un buen rato. Luego vi a Elena llegar y meterse apresuradamente en él. Llevaba una bolsa consigo.

—Mentiroso —le gritó Petra.

—¿Estás seguro de lo que dices? —insistió mi tío agarrando al mocoso por el hombro—. Esto es muy grave, hijo. No nos engañes si quieres que encontremos a esa pobre chica.

—Se fue con Osorio. Yo la vi.

—¿Qué hora era?

—No lo sé. Puede que las dos o las tres de la mañana. Había luna llena y vi claramente a Osorio fumando dentro de su carro. Luego llegó Elena. Se subió a su lado y se fueron.

—¿Qué hacías tú a las tres de la mañana en la calle, a tu edad? —le gritó Petra a falta de argumentos.

—No conseguía dormirme —contestó sin más el pequeño Rodríguez.

Petra juraba que su hijo no tenía nada que ver con la desaparición de Elena, que se trataba de una lamentable coincidencia.

—Ni siquiera conocía a esa chica. Además, jamás haría algo parecido a una joven de aquí. No es la primera vez que mi hijo regresa al pueblo. ¿Acaso ha perjudicado alguna vez a alguien? Puede que Elena haya ido a alguna parte y que no tarde en regresar. Por favor, todavía no ha anochecido...

Elena no regresó aquella noche, ni las siguientes.

Dolores acudía todas las mañanas en mi busca en la trastienda de la cantina: «Es culpa tuya. Se ha ido por tu culpa. ¿Qué le has hecho?».

No sabía qué contestarle. Elena se había ido porque yo *no había hecho nada*, cuando un gesto por mi parte, aquel día en las ruinas, quizás hubiera bastado para hacer las heridas más soportables.

Pasó una semana.

En el pueblo, la gente empezó a preocuparse por Dolores. No paraba de llorar día y noche, arrodillada ante su Virgen de terracota. Las mujeres la visitaban para consolarla. Los hombres se hacían una y otra vez las mismas preguntas. ¿Había Osorio raptado a Elena? No parecía muy probable. ¿Ella se había fugado? ¿Para ir adónde? No tenía parientes en ninguna parte. Vuelta a pensar en Osorio. Hipótesis nuevamente descartada. Osorio era un buen chico. ¿La habría secuestrado un forastero? Elena se habría defendido. Habría gritado, alborotado al pueblo entero. Además, ¿a qué forastero se le ocurriría alterar nuestro letargo? Nuestras hijas podían pasear por los alrededores sin temor a que las molestaran, y menos aún agredieran. En el Recinto, todos estaban pendientes de todos. Salvo los escasos montañistas que, a veces, se detenían para almorzar en la cantina de mi tío antes de proseguir su camino, ningún intruso paraba por aquí; todos lo tenían vigilado hasta que se fuera.

El pequeño Rodríguez vino a la cantina para decirme que Petra la Partera quería hablar conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Estoy trabajando.